

Francisco Alberto Henríquez Vásquez. Acercamiento al profesor de historia dominicana

Raymundo M. González de Peña¹

Conocí al profesor Francisco Alberto Henríquez Vásquez (1917-2007) cuando aún era estudiante de bachillerato. Fue en la Biblioteca Nacional, en la sala de conferencias, cuando asistí, animado por mis profesores del Colegio Santo Tomás de Aquino, al seminario *Duarte y la Independencia Nacional*, que organizó el Instituto Tecnológico de Santo Domingo en octubre de 1975. Allí el Dr. Henríquez Vásquez tenía asignado el comentario a una de las ponencias presentadas en dicho seminario —ahora dudo si fue la de Pedro Troncoso Sánchez o la de Juan Isidro Jimenes Grullón—. Sin embargo, puedo recordar las palabras con que inició su comentario, pues quedaron grabadas en mi mente de adolescente. Dijo:

“La base de todo movimiento económico se halla en la existencia de un territorio...”

Puse mucha atención a sus palabras, como lo hice también con las demás exposiciones de ese seminario que para mí representó toda una revelación de los nombres de los estudiosos de la historia dominicana y de nuevos conocimientos.

1. Miembro de número y vocal de la Junta Directiva de la Academia Dominicana de la Historia.



Volví a ver al profesor Henríquez Vásquez en la Universidad Autónoma de Santo Domingo, cuando cursé el Colegio Universitario en 1978. No me correspondió recibir clases suyas en los dos semestres de historia que cursé, aunque sus *Apuntes de Cátedra* circulaban por todo el Colegio en forma de folleto mimeografiado y también como libro impreso.² Así fue como algunos estudiantes recibimos este pequeño libro con un interés que sobrepasaba el mero aprender para “pasar los exámenes.” Para entonces sus cátedras representaban un punto de vista refrescante sobre varias materias, cuyas versiones en los libros de historia general apenas podían encontrarse o aparecían en forma muchas veces tergiversada. Le preocupaba sobre todo al autor la historia política, que era el enfoque tradicional, aunque el libro estaba nutrido de numerosas referencias a la sociedad y la economía con los cuales justificaba su criterio político de selección de los hechos, los cuales eran tratados a veces en forma resumida por su carácter de texto introductorio.

Resultó llamativo, por novedoso, el hincapié en la debilidad de España como nación imperial por su carácter “reaccionario”, término con que se refería al aplastamiento de la revolución “burguesa” de los comuneros castellanos y a la persecución de la reforma luterana. Sobre los acontecimientos que tuvieron lugar en la Isla de Santo Domingo, defendió a Enriquillo de las denigrantes imputaciones que le hizo el capuchino fray Cipriano de Utrera y lo consideró un caudillo que condujo a los restos de su pueblo indígena a la victoria frente al imperio español; incluso, llegó a dedicar un capítulo a las cimarronadas,

2. El libro tomó por título el nombre de la materia para la cual habían sido redactados dichos apuntes: *Historia Social Dominicana (HIS-011)*. *Apuntes de Cátedra*. Santo Domingo, SEPESA, 1977. Desde luego, los folletos mimeografiados eran muy anteriores a esa fecha.



que consideró debían ser incluidas como una etapa de la historia del siglo XVI: “Período de las rebeliones negras”, el cual situó en el tiempo inmediatamente posterior al gobierno del obispo Alonso de Fuenmayor.

Con todos sus defectos –que el autor reconoció desde la primera edición–, su libro: *Historia social dominicana (HIS-011)*. *Apuntes de Cátedra*, cumplió una función de apertura entre los estudiantes, que a la distancia de tres décadas me parece justo reconocer, puesto que formó parte del esfuerzo por la renovación de los estudios históricos del momento, que el mismo autor trataría de continuar. La publicación de estos *Apuntes de Cátedra*, por otra parte, constituirá un estímulo indudable al esfuerzo de completarlos en aquellas partes que requerían mayor extensión, reducirlos en las que resultan muy extensas para el nivel de HIS-011 y agregarles los capítulos que les faltaban, hasta incluir por lo menos todo el siglo XIX. Esta obra tuvo varias ediciones posteriores a 1977, pero ninguna con estas ampliaciones. Desconozco si el profesor Henríquez Vásquez pudo cumplir el deseo expresado en la introducción de ese año.

Hizo su aporte en este libro desde un punto de vista para nada “derrotista”, apartándose también del camino fácil del “pesimismo” o de la “visión trágica” que aún imperaba en algunos escritores.³ Creo que esto se puede advertir en el propio autor, cuando indica en la introducción escrita para este libro lo siguiente:

3. Pedro San Miguel ha puesto de relieve en la discusión contemporánea el tema de la “visión trágica”, a modo de reverso y complemento del “pesimismo”, pero también como tradición presente y actuante en la historiografía dominicana. Cfr. P. San Miguel. *La isla imaginada*. Santo Domingo, Isla Negra / La Trinitaria, 1997.



*“Nuestro asentimiento a esa solicitud (de dar permiso para imprimir sus **Apuntes de cátedra**, R. G.), cuando ya tenemos terminados trabajos más acabados en extensión y profundidad, sobre la historia de nuestro pueblo, exigiría una explicación que está implícita en la orientación de esos trabajos, como podrán constatar al ser publicados, quienes se interesen sinceramente por conocer los acontecimientos que hicieron posible el surgimiento de la Nacionalidad Dominicana y la forma en que esa Nacionalidad, venciendo innumerables obstáculos, logró constituirse en Nación a partir de la fundación de La Trinitaria y de la proclamación de la República, aquella memorable noche del 27 de Febrero del 1844.”*

En efecto, tales fueron los temas que le ocuparon después de esta fecha. Casi siempre lo vimos ocupado en el siglo XIX y XX, buscando dilucidar diversos puntos relativos al tema del surgimiento y desarrollo de la nacionalidad dominicana. Este y otros temas podrían parecer heredados de la tradición familiar. Pero bien mirado el asunto, antes que nada fueron asumidos de manera vital por él desde temprana edad, debido a sus convicciones revolucionarias y antiimperialistas, que le llevaron a luchar contra la tiranía de Trujillo, en la lucha política y armada, a él y a su muy querido hermano Federico Horacio (*Gugu*), quien pertenece hoy a los héroes de la Expedición de Luperón de 1949. Entiendo que de ahí proviene la sustentación de estas preocupaciones del profesor Henríquez; aquí está la raíz de sus opiniones y juicios, no pocas veces radicales, en torno a algunos temas históricos, en especial los que tratan de la vida republicana y la lucha por la libertad y la nacionalidad.

Algunos de los trabajos que menciona en la introducción citada los publicó en la revista *¡Ahora!*, y más tarde en la



revista *Clío*, tras su ingreso a la Academia Dominicana de la Historia. Pero fue sobre todo escribiendo y hablando, en tono de denuncia, urgiendo a la juventud, que desarrolló su labor ulterior. Le escuché en conferencias y paneles en la UASD, en los Congresos de Historia, que organizó doña Vilma Benzo de Ferrer desde la dirección del Museo Nacional de Historia y Geografía, del cual había sido también director-fundador. Además, en el Hostal Nicolás de Ovando, en las actividades que organizaba doña Verónica Sencián, y en la Academia Dominicana de la Historia. Casi siempre para levantar su voz contra el imperialismo norteamericano, para rescatar la memoria de los héroes que lucharon contra la dictadura de Trujillo, para defender la nacionalidad dominicana y el ideal duartiano de “una patria libre y soberana”. Defendió con fuerza, asimismo, el criterio de una diferenciación histórica, cultural y social entre la República de Haití y la República Dominicana, que ha estado reproduciéndose y continúa vigente en las prácticas (incluso políticas) de ambas nacionalidades que comparten la Isla de Santo Domingo. No por ello fue instrumento de los “nacionalistas” patrioterros, a quienes conocía bien y sabía de sus verdaderas tribulaciones para nada nacionales.

Tuvo a su cargo la vicepresidencia de la Junta Directiva de la Academia Dominicana de la Historia (2001-2004), cuando Roberto Cassá ocupó la presidencia de la misma. En dicha Academia le conocí personalmente y desde entonces me trató como una persona cercana y de confianza. Fue algo espontáneo, sin preparación, surgió y creció en la empatía de una buena conversación que siempre podíamos retomar sin perder el hilo. Puedo dar testimonio de que fue un trato fácil, sin complicaciones ni cuidados, aunque siempre con respeto y cariño. Desde entonces le pude decir, no sin dificultad, don



Chito, como cariñosamente le llaman sus familiares y amigos. Muchas veces nos saludábamos en la calle de El Conde, caminando o en la esquina de la Sánchez, a pocos metros de su residencia, limpiando los zapatos, y seguía la conversación, el tema histórico y los abundantes datos que proporcionaba.

Uno de los temas que más le interesaba dilucidar se refiere a la llamada Independencia Efímera y el papel de José Núñez de Cáceres en la larga coyuntura internacional que abrió el proceso de la Independencia de Hispanoamérica. Este era un tema importante para él, pues nuestra primera Independencia se enmarca en esta coyuntura continental, y muestra que en alguna manera la Colonia Española de Santo Domingo no estaba al margen de lo que ocurría en los territorios que eran, como lo había sido Santo Domingo hasta 1795, cabeceras de la Real Audiencia. Quería estudiar el pensamiento de Núñez de Cáceres, en sus orígenes aquí y su evolución tras la salida de la Isla; quería estudiar su papel junto a José Antonio Páez, en Venezuela, por ejemplo, de quien fuera secretario, y después en México. Pero también buscaba reivindicar su nombre en la historia dominicana. Entendía que la historiografía no había hecho justicia al personaje ni a su obra. Nos decía que la Independencia de Núñez de Cáceres no se había estudiado suficientemente y era preciso profundizar en ella para justipreciarla. Hay una labor por realizar que ha sido señalada por él con insistencia, aunque el resultado de las indagatorias, desde luego, pudiera diferir de lo que fueron sus expectativas al respecto.

Siendo vicepresidente de la Academia Dominicana de la Historia puso empeño en que se recordara la fecha del 12 de julio, cuando se produjo la salida de las tropas norteamericanas de ocupación en el año 1924. Dictó conferencias en recordación



de este hecho. Sin embargo, la efeméride no era más que el pretexto para invitar a reflexionar sobre la pérdida de la soberanía nacional durante el período y sus consecuencias de larga duración en la historia dominicana.

Tejíamos conversaciones en torno a Hostos, Martí, el antillanismo, el nacionalismo y la lucha antiimperialista. Siempre tenía los nombres y las situaciones a la mano, pues era muy memorioso. Yo hubiera querido saber más de don Federico Henríquez y Carvajal, pues él demostró una gran admiración por su abuelo, una gran veneración, que no hizo depender de su vínculo familiar, sino de su verticalidad patriótica; me interesé por las obras de don Federico y con frecuencia hablábamos de ellas. El profesor Henríquez y su familia se hicieron cargo o promovieron la publicación de algunos libros de don Federico como *Nacionalismo*, *El dilema*, *Ética y Estética*, entre otros títulos, aunque esa labor fue limitada por falta de recursos.

También me prestó uno que otro libro para que lo copiara, el último fue un libro de cartas publicado en Puerto Rico. Se quejaba del poco interés y conocimiento sobre la obra de don Federico y reaccionaba visceralmente ante cualquier alusión a él que pudiera parecer una ofensa. Recuerdo una conversación en la que me habló indignado por las insinuaciones e imputaciones que aparecen en la novela *En el nombre de Salomé*, de Julia Álvarez, que involucran a Camila Henríquez Ureña, así como a los hermanos Francisco y Federico Henríquez y Carvajal; aquello lo interpretó como una afrenta de la autora contra su familia.

La comisión oficial que preparó los actos conmemorativos del centenario del fallecimiento de Eugenio María de Hostos, el cual se cumplió en el año 2003, lo contó entre sus miembros. Fue un asiduo asistente a las reuniones y colaboró en la



elaboración de propuestas, aunque por falta de apoyo oficial los frutos de dicha comisión quedaron por debajo de las propuestas y planes que se incluyeron en el programa preparado a este propósito. Más importante fue la contribución que hizo el profesor Henríquez a la historia del exilio antitrujillista, dando a conocer detalles de los eventos en que participó o fue testigo directo.

En los cursos y conferencias de la Academia Dominicana de la Historia presentó, comentó testimonios gráficos y evocó el recuerdo de muchas situaciones. Esta es todavía hoy una historia dispersa y contradictoria; está llena de rumores y detracciones. Él mismo fue objeto de ataques, sobre todo desde la revista *Renovación* que dirigió el periodista Julio César Martínez, quien también formó parte del exilio antitrujillista. Hay muchos aspectos controversiales en esa historia de luchas, pero en no pocos casos prevalecieron prejuicios que se formaron al calor de rumores infundados e incluso falsas imputaciones. Quedan por aclarar muchas circunstancias y poner de relieve trayectorias que sin duda enaltecieron, como es el caso del profesor Henríquez, la patria dominicana en ese exilio forzado.

Cuando a finales del 2004 Roberto Cassá asumió la Dirección General del Archivo General de la Nación, contó de inmediato con la colaboración del profesor Henríquez, y en poco tiempo estaba trabajando en completar la documentación sobre la Comisión Nacionalista, encabezada por Francisco Henríquez y Carvajal, presidente de *jure*, la cual realizó un periplo por Latinoamérica recabando el apoyo contra la Ocupación Militar Norteamericana en nuestro país, y visitó Washington para reclamar al gobierno norteamericano la desocupación inmediata. El expediente que formaba la base de este cuerpo



documental era un legajo formado por Tulio Manuel Cestero, secretario de dicha comisión, que se conserva en la Biblioteca de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, adonde fue localizado y copiado por el profesor Alejandro Paulino, el cual se completaría con otros documentos del Archivo del profesor Henríquez.

Me consta que trabajó en ello, removiendo su archivo, incluso llegó a hacer una donación de forma simbólica con algunas copias de dichas cartas, en un acto celebrado en la Academia Dominicana de la Historia. El profesor Henríquez, además, haría una presentación general de los documentos recopilados. Los problemas de salud que le aquejaron y las dificultades para escribir que suponían, le impidieron realizar la tarea. En alguna ocasión le ofrecí tomar su dictado, como ayuda para avanzar en el trabajo, pero no hubo la oportunidad de ponerlo en práctica. También en el año 2005 comenzó a preparar una recopilación de escritos de don Federico Henríquez y Carvajal, incluyendo un grupo de cartas inéditas. Ambos trabajos dijo que quería hacerlos sin que el Archivo General de la Nación tuviera que pagarle por sus honorarios, imponiendo esta condición para hacer su contribución.

Más recientemente conocí al Dr. Henríquez polemista. Fue a través de la compilación que editó Emilio Cordero Michel con motivo del centenario del fallecimiento de Máximo Gómez, en la cual incluyó el trabajo: “La imposible desintegración de un Libertador”,⁴ que se reproduce en este número de *Clío* dedicado

4. Francisco A. Henríquez Vásquez. “La imposible desintegración de un Libertador”. En: Emilio Cordero Michel (Editor). *Máximo Gómez. A cien años de su fallecimiento*. Santo Domingo, Archivo General de la Nación, 2005, pp. 233-246. El trabajo se publicó originalmente en el vespertino *El Nacional*, en tres entregas del mes de enero de 1986.



a su memoria. En dicho escrito polemizó con el periodista José Rafael Sosa, quien se hizo eco de viejos juicios y opiniones vertidas contra Gómez por intelectuales cubanos, nada menos que pertenecientes al Partido Socialista Popular. El profesor Henríquez mostró en las breves y contundentes páginas de ese trabajo un dominio amplio del tema, al cual estaba vinculado a través de su experiencia personal como referencista de la Biblioteca Nacional José Martí, en La Habana, aclaró pormenorizadamente los hechos y las circunstancias en que surgieron las falsas opiniones que combate y puso en evidencia su oportunismo. Demostró que esas imputaciones no podían alcanzar a la figura egregia del último de los libertadores americanos, que permanecía gigante e impoluta.⁵

Quedan en el tintero muchos recuerdos, pero debo concluir esta breve semblanza del profesor y amigo. Escribo estas líneas en testimonio de gratitud a la memoria del profesor Francisco Alberto Henríquez Vásquez, con el ánimo de poner de relieve su labor como maestro de una generación, que aún está a tiempo de responder al llamado que con empeño hizo desde la cátedra, llamado que validara desde antes con su compromiso en la lucha antitrujillista y nacionalista. Ambos a dos constituyen hermosos ejemplos de los que hizo profesión de vida que es preciso no olvidar.

5. Todavía, después, me dieron a conocer otros debates anteriores en los que había participado; eran polémicas académicas de inicios de los años setenta.

